

# José Martí

SÓLO se puede hablar de él imitándole. Para bendecirlo en prosa, se quisiera tener, como él, apóstol de Cuba, nervios de hombre y entrañas de madre.

Antes de Martí, nadie vió santos a caballo.

—¿El Quijote? Pudiera ser; más aquél nunca apunta con la carabina a los molinos. Interrumpe un párrafo de escritura sagrada y de testamento para retozar con Ismaelillo; o, sobre las tumbas amigas, le duele el corazón de mujer; o aparta la mochila del pecho izquierdo para mejor estrechar al compañero—si no se tiende al suelo de los niños para enseñarles a silabear su consigna santa porque ellos han de ver la patria que les está deparando el padre triste; y los condecora con flores como a futuro regimiento y les besa las manos que llevarán fusiles y los quiere consolar, como excusándose, porque no nacieron libres...

Santo, pero como Teresa de Jesús, Santo que está a Dios rogando... y con el mauser dando. Los otros libertadores quedan lejos como bisabuelos; éste es el padre hacendado o estanciero que conquistó el ingenio para todos. En un inmenso ingenio vive: cañas de azúcar, carrizos del viento marino donde la música y la dulzura se adunaron. Sabe, no sólo retóricamente, cómo se desfleca una crin al viento, y el trono errante que es la silla de montar y cómo se ve mejor el mundo con la sangre avivada por el galope. Ha querido a mujeres de carne, pero su novia se llama Cuba. Lleva en sí a cada instante su imagen sangrienta: los cabecillas ante la tapia con la bala española que atravesó la chamarreta, los cañaverales incendiados para carbonizar al fugitivo, la cabeza del negro tinto en la bayoneta. Y mientras tanto suenan los vastos órganos del cañaveral y las rumbas en los villorrios y el corro de los niños en el batey con su alfabeto de España.

Por eso está triste y tan alegre al evocar la patria, ausente siempre. Su vida es el retorno perpetuo de un Eneas de América. Del tablado de un teatro de Nueva York pasa al fogón de las campiñas cubanas; y sólo conocemos el discurso famoso pero no las improvisaciones de la noche ante mulatos de dril que sueltan poco a poco la brida de los caballos para venir a escuchar al San Pablo de la tórrida gente. Parece una escuela al aire libre este curso de patriotismo que una refriega interrumpe para seguir más

lejos, con menos discípulos ahora, porque veinte cimarrones murieron sin que haya sido posible enterrarlos. De las indignaciones universales, condenación hebrea y sátira latina, rencor de Dante y castigo de Hugo, lleva la herencia en los labios hirvientes que sólo quisieran perdonar. Porque, semejante al africano San Agustín, conserva junto a sí la dulzura de Mónica.

¡Cómo hubiera amado exclusivamente si no tuviera que odiar también!



JOSÉ MARTÍ

Aborrece para que Cuba sea libre y lo expresa todo con iracundia elegante. Las almas frías se funden entonces al calor de su palabra como en el cercano *gulf stream* catedrales de témpanos. Es el viejo de la montaña, el mago verbal de las maldiciones, pero no todo en él es cólera: Francesca le conoce y el balcón de Verona le ha visto. ¡Hombre completo, quién lo fué más extraordinariamente! Caballero de acción y devoción, docto en rimas y vados, en palabras hermosas y calibre de carabinas...

Excúsanos, Bolívar, y tú, lugarteniente de la gloria, San Martín, si en la capilla de los libertadores elegimos por más cercano intercesor a este hombre de letras que lleva terciado el fusil a la espalda como un gajo de cruz. Es nuestro santo predilecto porque la voluntad y la inteligencia trataron de curar en su cuerpo exiguo el desequilibrio de que morimos. No se armoniza generalmente el apetito de la acción con la capacidad mental para meditarla ni el inquieto humanismo de una mente predestinada se tradujo, si no fué durante la Italia renacentista, en la actitud de un Cid letrado. Sutil escuela de epicúreos puede ser la de esos literatos friolentos que entre el gato casero y la rejuela tibia del sedentario, se rieron del «viento que sopla afuera»; y hasta podrá compararse tal reclusión con la santidad del monje antiguo en su claustro del monte, hostil al valle de lágrimas; pero más hermoso, porque más humano, fué siempre el espectáculo de la lid abierta por quien aprendió en los libros viejos los entusiasmos jóvenes. Si a un monje se parece el cubano insigne será a los curas de boina que sólo querían rezar a Vírgenes carlistas. El patriotismo que tuvo sus ergástulas cuando era un temor de esclavos a la luz, ha tenido también su santoral cuando es, como en el caso de Martí, un género de caballería que limita sus favores a una sola dama por el temor delicado de querer menos si se quiere a todo el mundo. Pero ¿a qué estar buscando sutilezas para explicar su arranque impensado y filial? Se yergue y enrojece al oír mentar el nombre de Cuba como si tocaran a botasilla. Así sumados el intelecto de amor con el apetito sublime de la vida heroica, su resultante es el caballero latino o, por mejor decir, el místico humano que se queda en la tierra para cantarla y mejorarla. Todos son semejantes en la raza solar. A través de los tiempos parecidos y de las derrotas útiles, se siguen en el friso de nuestra gente, el Quijote y el Cid, Bayardo y Juana, Garibaldi y Bolívar, corazas y petos de algodón, un cendal azul con una camisa roja y el entorchado frac con nuestro poncho criollo en cuyos pliegues de tempestad va por oteros y cañadas—humilde santo y caballero de salvación, con zapato de baqueta y calañés—, el último libertador de América. No sé cuál es mejor, ni veo sino rasgos fraternales en ese desfile de abnegados, ni le hallo parangón a Martí en otras tierras pues sólo con Juana la Santa merecería un altar si España permitiera la canoni-

(Pasa a la página 93).